

»¿Hay justicia para aquesto
En el alma de una bella?»—
—«¡Muy grande! (repuso Ella).
Escucha, anciano inmodesto:

»Esa flor en una hora
Llegó á ser cuanto podía:
En su reinado de un día
Mil encantos atesora;

»Mientras tú, con tanta edad,
Ni das sombra ni frescura,
Y... hueles á sepultura
Con tu adusta seriedad.»—

Y en esto, Lector del alma,
La Bella quiso decir:
*No está en el mucho vivir
El mérito ni la palma:*

*Corta vida sin doblez,
Limpia, pura y sin engaños,
Reprende los muchos años
De endurecida vejez¹.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO

¹ Sap, IV, 13.

282010

LIBRO II

FÁBULA PRIMERA

La Azucena.

Era un jardín; sus delicadas flores
De aromas ricas, de color süaves,
Son los castos amores
De un Príncipe, su dueño,
Que del mágico edén tiene las llaves,
Y guarda él solo con prolijo empeño.

No hay en él una flor con mancha ó ruga:
Todas son virginales,
Hermosas, celestiales,
Sin huella de gusano ni de oruga.
¡Oh! ¡Si obscuro lunar alguna arroja,
El jardinero al punto la deshoja!

010385

Ved la causa del llanto, que á porfía,
Desde el lirio á la malva,
Derramaban las flores, cierto día,
Al despuntar el Alba:
Fué que un rojo Clavel, del Dueño amado,
Con negra pinta amaneció manchado!

Ruegan todas por él, mas no hay consuelo:
La Violeta, temblando,
Más lívida parece con su duelo;
El Nardo, el Alhelí, su tez plegando,
Se vuelven sin perdón; y hasta la Rosa
Torna más bella cuanto más llorosa.

¡Ay del triste Clavel! que nadie alcanza
A redimir su pena!
Pero al mísero resta una esperanza:
¿La cándida Azucena
Ha rogado por él? ¡Oh! vedla luego
Reunir sus gracias, y elevar su ruego.

Era la Flor de blanco alabastrino,
Pura como el aliento de un querube;
Su perfume divino
Como el incienso sube
Á regalar al Dueño enamorado:
Era la Flor más bella del cercado.

Y con granos de oro
Rutilantes adorna el albo seno,
Y del aura y la luz y el campo ameno
Se ostenta cual riquísimo tesoro,
Cuyos reflejos vivos
Al aura, campo y luz tienen cautivos.

El Dueño amante con afán la mira,
Y — «¡Pide, exclama, pues tu amor suspira!
¡Tuyo soy todo entero!» —
Y tímida, acertando á hablar apenas,
Al punto dice: — Quiero... .
UNA GOTA DE SANGRE DE TUS VENAS.

— «La verteré sobre el Clavel liviano;
Y el carmín soberano
Sanando por entero
El fino esmalte, la color perdida,
La Flor te deberá su sér primero,
Y á la Azucena..... deberá la vida.»—

Dijo; y las aves en alegre canto
Rompieron á la vez; y más sonora
La fuente murmuró; con nuevo encanto
La brisa voladora
Al infausto Clavel, que holló sus galas,
La nueva del perdón llevó en sus alas.

Y tuvieron festín todas las flores;
Y brillaron con célicos fulgores,
Según dice la historia,
Para dar al Clavel la enhorabuena,
Al Jardinero gloria,
Y aplausos mil y mil á la Azucena.

*¡Oh mortal! si la mancha del pecado
A morir te condena,
Contra Dios irritado
Aun te resta en el cielo una Azucena.
Implórala, diciéndole: MARÍA!
TÚ ERES LA VIDA, LA ESPERANZA MÍA ¹.*

¹ Eccl., XXIV, 25.

FABULA II

El Caracol y el Cigarrón.

A la pared asido
Un Cigarrón estaba,
Y necio se burlaba
Del paso detenido
Con que el buen Caracol subiendo iba,
La casa á cuestras, cual pesada giba.

—«¡Vaya, que gozo en verte!
(Dícele); por ligero,
De ti valerme quiero
Al mandar por la muerte;
Pues sin duda (recalca la Langosta)
No debo recelar que venga en posta.

¡Y habrá quien te resista!
¿No ves cómo de un salto,
Voy á parar tan alto
Que me pierdo de vista?
¡Pues sigue tú mi ejemplo, majadero!» —
Y el Molusco responde:— «Caballero,

He visto en un *Tratado*,
Que es mejor ser postema

Con plan y con sistema,
Que, necio atolondrado,
Volar alguna vez sin saber cómo,
Y quedarse después como de plomo.

Sin saltos ni carreras
Llevo mi rumbo cierto;
Mientras tú como muerto
Estás horas enteras,
Y, si acaso en tus zancas te disparas,
Ni ves por dónde vas ni en dónde paras.»

Qué respuesta daría
El burlón casquivano
No sé; mas ¿y el cristiano
Que, ocioso noche y día,
Saltos da en la virtud sin hacer nada,
Pues obra por fugaz *fervoretada?*

*Más vale poco á poco
En virtud ir creciendo,
De una en otra subiendo,
Que, antojadizo y loco,
Querer hacerse santo en un minuto
Y clavarse después sin otro fruto*¹.

¹ Ps LXXXIII, 7.

FÁBULA III

El Testarudo.

De noche, en un mal paso y sin linterna,
Juan se rompió una pierna.
¡Vaya todo por Dios!

Le curaron tal cual; pero volviendo
Á aquel paso tremendo,
¡Juan se rompió las dos!

Sanó al fin: mas tornando á la aspereza,
Partióse la cabeza
¡Y muerto quedó allí!

*Si á un cristiano su culpa se le absuelve,
Y al vicio vuelve y vuelve,
¿No le sucede así?*¹

¹ Luc., XXII, 26.

FÁBULA IV

Un Robo merecido.

Un bello Joven
Trabajador
Lleva en sus manos,
En un bolsón,
Cuanto ganara
Con su sudor.

Plazas y calles
Corre veloz,
Y á cuantos pasan
Á su alrededor
El bolso muestra
Con hinchazón,
Como quien dice:
«¡Qué rico soy!
¡Tengo dinero!
¿Quién como yo?»

En hora mala
Le embisten dos
En la estrechura
De un callejón,
Con daga en mano,

Con ceño atroz:
Y el vano Creso
Pobre quedó.

Llora y patea,
Pide favor;
Mas nadie escucha,
Ni el mismo Dios,
Que así castiga
La presunción.

*Si tus virtudes,
Caro Lector,
Á todos muestras
Sin discreción,
La vanagloria,
Que llega en pos,
Te roba al punto
Mérito y don ¹.*

¹ S. Greg. P., Homil. XL

FÁBULA V

El Médico Enfermo.

Un Médico profundo,
Que ganó prez y fama por el mundo
Triunfando de la muerte,
Á influjo del saber ó de la suerte,
Á pesar de su ciencia y de su fama,
Enfermo gravemente, cayó en cama.
Mas de sabio se precia,
Y orgulloso á otros médicos desprecia,
Teniendo por insulso
Alargarles el pulso.
Por manera que, fiado en su consejo,
Á entregar iba el pobre su pellejo.
Al cabo conoció que se moría,
Y, vuelto á sus domésticos, decía:
—«Me muero: no hay remedio.
En mi vasto saber no encuentro medio
De apagar esta fiebre, que me quema,
Después de recorrer tanto sistema.....
De Brownianos, Broussistas, Hidropáticos,
Empíricos indoctos y Homeopáticos.
¡Oh dolor! Y si yo, con ciencia tanta,

No me quito el dogal de la garganta,
¿Quién pudiera curarme, cuando estoy
Á punto de expirar?»

—«¡Señor, yo soy!» —

Dijo en esto una Anciana
De noble rostro y de cabeza cana.
—«¡Tú curarme! ¡ja, ja! dice el Galeno.» —
—«Os prometo, Señor, dejaros bueno,
Sin otra diligencia
Que jurarme tres horas de obediencia.» —
—«¡Obediencia! tal vez algún conjuro.....
Mas (¿qué puedo perder?) Yo te la juro.» —
—«¡Bravo! (dice la Vieja) Conque, hermanos,
Sin tardanza al Doctor atad las manos,
Que á pulsarse no llegue,
Ni pueda recetarse, aunque reniegue:
Sus jarabes, emplastos..... la tintura.....
Sin tregua á la basura.
Tú, muchacho, sal fuera,
Y vuelve con un médico cualquiera;
Que el Sabio acatará lo que recete,
Porque es fuerza que cumpla el que promete.»
—«¡Pardiez! (clama el Doctor) ¡nó, no me entrego!
(Y... ¿qué más da morir ahora que luego?)»
Y el Triste se resigna como un Sócrates,
Y hará cuanto le dicte el nuevo Hipócrates.

Este llega: «Doctor, ¡un vomitivo!
De otra suerte, á la tarde no estáis vivo.» —
Tómale al fin, mas con tan buena mano,
Que, á la noche, el Enfermo estaba sano.
— «¡Milagro!» exclaman todos,
Comentando el favor de varios modos.
— «¿Que es milagro decís? (gritó la Anciana)
¡Milagro, sí, de la moral cristiana!
Nadie presume de poder y ciencia,
Queriendo prescindir de la obediencia
En todo afán que á su individuo atañe;
Porque es fuerza, señores, que se engañe
Quien se cura á sí mismo,
La venda sufrirá del egoísmo,
Y á la muerte camina
Y con su propia mano se asesina.
Que toda enfermedad de cuerpo ó alma
Otro la ve mejor y con más calma » —
*Así triunfa del mal, y sin violencia,
Quien tiene Director de su conciencia* ¹.

¹ Act. Apost. X.

FÁBULA VI

El Uno y el Dos.

Graves autores contaron
Que en el país de los Ceros
El Uno y el Dos entraron,
Y desde luego trataron
De medrar y hacer dineros.

Pronto el Uno hizo cosecha;
Pues á los Ceros honraba
Con amistad muy estrecha,
Y, dándoles la derecha,
Así el valor aumentaba.

Pero el Dos tiene otra cuerda:
¡Todo es orgullo maldito!
Y con táctica tan lerda,
Los Ceros pone á la izquierda,
Y así no medraba un pito.

En suma, el humilde Uno
Llegó á hacerse millonario;
Mientras el Dos importuno,

Por su orgullo cual ninguno,
No pasó de un perdulario.

*Luego ved con maravilla
En esta fábula ascética:
Que el que se baja más brilla,
Y el que se exalta, se humilla¹
Hasta en la misma Aritmética.*

¹ Math., XXIII, 12.

FÁBULA VII

La Cuerda Destemplada.

*Hay algunos cristianos tan groseros,
Que, en no siendo ladrones ni usureros,
Beodos, asesinos ni perjuros,
Ya se tienen por salvos y seguros;
Aunque, al paso, conserven un resquicio
Por donde mantenerse en algún vicio.
Mas la yerran; y el caso que ahora cuento
Servir debe á su error de documento.*

*Tocó Elisa en el arpa un Andantino,
En alegre soirée, de IL CORADINO¹;
Mas con tal expresión y maestría,
Que al concurso pasmó la melodía.
— «¡Otra vez, otra vez!» (la turba clama);
Y por segunda vez tocó la Dama.
Mas queriendo hacer gala de agudeza,
Con tal secreto repitió la pieza,
Que, si há poco extasiaba su armonía,*

¹ Opera de Rossini.

Ahora riña de gatos parecía;
Y, sin faltarle un tilde á la sonata,
Punza, araña, asesina y desbarata.

Al oirla; unos tapan sus orejas;
Otros tosen y enarcan ambas cejas.
«¿Qué es aquesto?» preguntanse con risa;
Y en tono magistral contesta Elisa:
— «Un misterio del arte, y no profundo,
Pues es cosa que sabe todo el mundo.» —
— «¡Un cambio tan atroz!» —
— «Pues ello es nada:
Todo ha sido..... *Una cuerda destemplada.*» —
— «¡Una cuerda tan sólo!» —

— «Y esto sobra
Para hundir sin piedad la mejor obra.
Es achaque y revés que el arte tiene,
Que una nota tan sólo que disuene,
Descompone el conjunto de tal modo,
Que ingrato y disonante lo hace todo.» —
Y las gentes la broma celebraron,
Y el fenómeno acústico admiraron.

¡Oh! No estuvo presente un moralista,
Que algo más nos dijera que la Artista;
Mas..... dirélo por él, y fuera cuentos:

*Cumpla el hombre con fe los Mandamientos;
Si reserva pecar tan sólo en uno,
Todo el bien desbarata el importuno,
Quedando para Dios horrible y feo
Cual si en todos, á un tiempo, fuese reo¹.*

1 Jac., II, 10.

FABULA VIII

El Cangrejo.

De un Cangrejo,
Ya muy viejo,
Otro Bicho
Murmuraba
Porque el dicho
No cesaba
De caminar hacia atrás.

— «¡Infelice!
(Va y le dice)
¿Por qué tardas
En vencerte?
¿Es que aguardas
A la muerte
Para enmendarte quizás?» —

— «¡Calla el pico,
Gran borrico!
Tu lamento
Será en vano;

Pues, de ciento,
Ni un anciano
Que se reforme verás.»

*Ten memoria
De esta historia,
Niño amado;
Pues si creces
En pecado,
Y envejeces,
No te corriges jamás¹.*

¹ Prov., XXII, 6.

FÁBULA IX

El Arbol Indultado.

Del hacha fiera, rencoroso, armado
Un robusto Labriego,
A derribar camina despiadado,
Condenándole á fuego,
Un Arbol, que frondoso vegetaba
En los fértiles campos que labraba.

— «No hay perdón, pues no tiene ya descargo
(El hombre va diciendo):
Su fruto es poco, y además amargo;
Sin pudor va creciendo,
Y á otras plantas más útiles le quita
El jugo que su tronco necesita.» —

Y al Arbol llega; y con terrible mano
El golpe ya prepara.....
Cuando mira á sus pies un noble Anciano
(Que á la sombra se ampara
Con otros infelices caminantes)
Tendiéndole sus brazos suplicantes:

— «¡Piedad, Señor! La sombra bienhechora
Que brinda su ramaje
Le sirva de defensa en esta hora;
Y temple tu coraje
El ver aquí la muchedumbre varia
Que protege su copa hospitalaria.» —

— «Eso basta. ¡Lo indulto! (alborozado
El Labrador exclama);
Que, si bien lo merece su pecado,
No debe ir á la llama
Quien tiene caridad.» —

*Es el gran velo
Que más pecados cubre en este suelo*¹.

¹ Pet., IV, 6.

FÁBULA X

La Abeja y la Lechuza

Zumbando, como suele,
La Madre de la cera,
Al olor de las flores
Se coló en una iglesia.

Al paso, sobre un nicho,
Saluda muy atenta
Á una blanca Lechuza
Que allí la noche espera.

— «¡Retírate, profana!
(La Nocturna contesta,
Chocándole el zumbido
De tan activa huésped.)

No turbes mi reposo,
Y deja á un alma electa,
Que siga aquí arrobada
De Dios en la presencia;

Ya que tú, dada al mundo
Y á sus viles tareas,
Te disipas, andando
Siempre de ceca en meca.» —

Calló la Misticon
Sin esperar respuesta;
Mas la tuvo cumplida,
Y fué de esta manera:

— «¡Hipócrita, holgazana,
Relamida, embustera!
¿Juzgas no te conozco
Más que tu misma abuela?

¿Piensas que á Dios se engañe
Con hacer cuatro muecas,
En un rincón metida,
Durmiendo horas enteras?

¡No trabajas y comes!....
¿Eso es tener vergüenza?»
— «¡Yo practico el ayuno,
Insecto sin conciencia!» —

(La Lechuza replica;
Contestando la Abeja):
— «¡Mentira! que las lámparas
Dejas de noche secas.

Yo, al cabo, sudo el quilo
Por dar al templo velas,
Y rica miel al hombre,
Regalo de sus mesas.» —

— «¡Vaya!.... que si te afanas,
Es por tu conveniencia.....
De flor en flor vagando
De néctares sedienta.

Yó sí que, retraída,
Cual nadie recoleta,
En flores y sembrados
No mancho mi inocencia.» —

— ¡Ya, ya! Mientras es día;
Mas, cuando sales fuera,
¡En cuántos infelices
Garra y pico no cebas!»

— Castigo de los malos.—
— ¡Caridad..... Reverenda!—
— ¡Descocada!— ¡Gazmoña!—
— ¡Libertina!— ¡Zopenca!—

¡Eh! Basta, Animalitos,
Y cesen ya las quejas;
Bien que no será inútil
Del todo la refriega;

Pues claro lo habéis dicho
Sin morderos la lengua:
Que hay *Devotas* Lechuzas
Y *Mundanas* Abejas.

Lechuzas que, engreídas
Con que puján y rezan,
Descuidan las virtudes
Y crecen en soberbia;

Abejas que, labrando
Del mundo en la colmena,
Abandonan sus almas,
Hiriendo las ajenas.

No imiten mis Lectoras
Tan cómica pareja;
Pues quiero verlas santas,
Mas.... santas sin pereza.

*La Piedad, el Trabajo,
Son dos virtudes reinas:
Practíquese ésta mucho,
Mas no se omita aquélla*¹.

¹ Math., XXIII, 23.

FÁBULA XI

La Fuente Turbia.

En turbios cristales de pública Fuente
Miróse un Niño
De blonda guedeja, de cándida frente
Como el armiño.

—¡Ay Madre! ¡qué pena! ¡Mi rostro se esconde!
(Gritaba el Nene).

—El agua revuelta (su Madre responde)
La culpa tiene.

¡Ven, ven! ¡no te mires en tales espejos,
Blanca paloma!
Y á límpidas fuentes del tránsito lejos
Vuela y te asoma.

¡No imites á aquellos que á bien conocerse
Tal vez aspiran,
Y nunca al espejo do fácil es verse
Van y se miran!